

REINER STACH

¿ÉSTE ES KAFKA?

99 HALLAZGOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BARCELONA 2021



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Ist das Kafka? 99 Fundstücke*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2012 by S. Fischer Verlag GmbH, Fráncfort del Meno
Este libro ha sido negociado a través de International
Editor's Co Agencia Literaria
© de la traducción, 2021 by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-24-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 4477-2021

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
----------------	---

PECULIARIDADES

1. El infeliz benefactor	17
2. Kafka hace trampa en el examen de bachillerato	19
3. El título de bachillerato	21
4. Hotel Kafka	23
5. El gran dibujante	25
6. Kafka hace gimnasia con método	27
7. Paquetes para Muzzi	29
8. Kafka no puede mentir	32
9. Kafka bebe cerveza	35
10. La canción favorita de Kafka	39
11. Kafka escupe desde el balcón	41
12. El único enemigo	44
13. ¿De qué color eran los ojos de Kafka?	46

EMOCIONES

14. Lo que hacía llorar a Kafka	51
15. A Kafka no le gusta Else Lasker-Schüler	53
16. Kafka está furioso (I)	56
17. Kafka está furioso (II)	58
18. El profesor y su salami	62
19. Kafka no es mojigato	64
20. Con las prostitutas	68
21. Un flirteo	73
22. La hija del jefe: una pesadilla	76
23. La bella Tilka	78

24. Cita con Julie	80
25. Kafka medita sobre un cuadro	82
26. Tres cartas al padre	85
27. Kafka no cree a los médicos	88
28. Kafka desprecia las vacunas	92

LEER Y ESCRIBIR

29. El escritorio de Kafka	97
30. La primera tarjeta postal	100
31. Kafka y los indios	102
32. Kafka quería ser como Voltaire	104
33. Kafka escribe un poema y le gusta	106
34. Intento de una reseña	108
35. El primer anuncio publicitario de la editorial	111
36. La vivienda de los Samsa	113
37. Kafka incurre en un <i>lapsus calami</i>	116
38. Kafka lee galeradas	118
39. Una coma de más	120
40. ¿Bajas en una lectura pública de Kafka?	122
41. Un relato no escrito	125
42. El esbozo de Brokswa	127
43. En las oficinas de la dirección (I)	129
44. En las oficinas de la dirección (II)	131
45. La peonza	133
46. Primera aproximación al castillo	134
47. La primera traducción	137
48. Kafka escribe en hebreo	140
49. La conservación de los originales	142

SAINETES

50. Josef K. el loco furioso	147
51. Kafka se ríe delante del presidente	149

52. El público huye, Kafka se queda	154
53. Sainete en el tribunal	157
54. La lucha de las manos	159
55. La rata en el palacio	161
56. A Kafka le dan miedo los ratones	164
57. Hombre y cerdo	167
58. Una conversación entre campesinos	170
59. Un intento de arrojar a Kafka al río	172

ILUSIONES

60. Kafka y Brod por poco se hacen millonarios	177
61. Kafka sueña con ser campeón olímpico	183
62. Kafka gasta una broma en abril	186
63. Kafka por poco gana un premio literario	188
64. Ninguna propina para Kafka	191
65. Monólogo del tío Franz	194
66. Kafka inventa el contestador automático	196
67. Kafka falsifica una firma (I)	198
68. Kafka falsifica una firma (II)	200
69. La camarera fantástica	201
70. Kafka como negro literario	203
71. A todos mis vecinos	205
72. La comunidad de los obreros sin posesiones	207

OTROS LUGARES

73. Kafka no se orienta bien en América	213
74. Un accidente de automóvil en París	215
75. Kafka y Brod pierden en el juego el dinero del viaje	220
76. ¿Este es Kafka? (I)	224
77. Kafka viaja en metro	227
78. Kafka monta en un tiovivo	230

79. ¿Este es Kafka? (II)	2 3 2
80. Sin pasaporte por la frontera	2 3 4
81. Un doble en Berlín	2 3 9

REFLEJOS

82. Kafka recibe carta de un lector	2 4 3
83. Dedicatoria de un poeta ciego	2 4 5
84. Kafka como consejero de vida	2 4 7
85. Kafka como demonio	2 5 0
86. Los recuerdos de Kafka de Georg Langer	2 5 1
87. En Praga se habla de Kafka	2 5 6
88. Contra el doctor Kafka no hay nada	2 5 9
89. Último saludo desde la monarquía	2 6 1
90. Un cuestionario entre amigos	2 6 3
91. Karl Kraus no quiere ni una carta de Kafka	2 6 5
92. Frank y Milena	2 6 7
93. Recuerdos del tío Franz	2 6 8
94. Poema de amor para Kafka	2 7 2

FINAL

95. La muerte en la clase de Kafka	2 7 7
96. Los testamentos de Kafka	2 8 0
97. La última carta	2 8 3
98. La inscripción en la tumba	2 8 8
99. La necrológica de Milena	2 8 9

<i>Notas biográficas</i>	2 9 3
<i>Cronología</i>	3 1 1
<i>Abreviaturas y fuentes en castellano</i>	3 1 7
<i>Notas bibliográficas</i>	3 2 1
<i>Procedencia y créditos de las ilustraciones</i>	3 3 3

PRÓLOGO

A algunos les da miedo. Otros, que no lo han leído pero han oído hablar de él, simplemente temen que les dé miedo. Y a algunos más los pone tristes aunque no sepan decir por qué. Otros muchos sienten el soplo de la depresión y por eso dejan a un lado con cautela sus libritos. Hay muchas reservas, y el rumor de que en el fondo estaba loco encuentra todavía hoy suficiente alimento, incluso en sus textos más perfectos. Ciertamente no es tarea de la literatura apresurarse a proporcionar soluciones tranquilizadoras a los problemas que suscita, ni aportar la prueba de que todo tiene su parte positiva. De hecho, sabemos que no es verdad, y no nos gustan los autores que nos toman por ingenuos. Pero cuando la literatura aborda el fracaso real del que ninguno de nosotros puede librarse, reflejándolo una y otra vez, con evidente voluptuosidad, en fracasos imaginarios y, además, lo imbrica en un discurso—implacable y que no conduce a ninguna parte—*sobre* el fracaso en general, entonces nos preguntamos si el autor no habrá dado rienda suelta a una obsesión absolutamente privada, y también por qué tenemos que escucharlo y observarlo con tanta atención como la que sin duda reclama.

A muchos los impacienta o inquieta, pues encripta sus textos y parece alegrarse de conducir al lector por caminos tortuosos, a través de los aparentes laberintos formados por dédalos de pensamientos de los que no hay escapatoria. Un tal Gregor Samsa, que se transforma en insecto, y un Josef K., a quien detienen sin ningún motivo, son sus invenciones más célebres. Lo que les sucede a estos

PRÓLOGO

dos personajes es emocionante, fantástico, da que pensar y, no obstante, frustra todas las esperanzas. Desde luego, quien haya entablado una relación (por tímida que sea) con la literatura, entiende en unas pocas páginas que toda explicación razonable, toda «solución» destruiría tales ficciones, por mucho que sus héroes—y con ellos el lector—puedan desear diluir la tensión. En su caso no existe ningún tipo de consuelo manifiesto, no puede haberlo si nos atenemos a las reglas del juego de la literatura innovadora. A lo sumo nos cabe esperar un fugaz consuelo, como el de quien, mientras se precipita al vacío en caída libre, para tranquilizarse se dice a sí mismo que de momento todo va bien.

Aun así, hay una fracción de lectores—que en modo alguno ha decrecido al cabo de décadas—fascinada por el escritor y que considera la lectura de su prosa como el mayor placer que ofrece la literatura. Tales lectores no se dejan asustar ni por *tramas* misteriosas ni por catástrofes definitivas; las toman como imágenes del carácter impenetrable y limitado de la vida humana en general, y en particular de la vida en las modernas sociedades de masas burocratizadas. Pues lo que hace estas imágenes tan irresistibles no es el pensamiento que encierran, cuya fundamentación siempre será discutible, sino su forma estética: el lenguaje cristalino, la profusión de maravillosas metáforas y paradojas inauditas, la desafiante sencillez, el magistral dominio de la lógica de los sueños, los destellos de humor que logran iluminar incluso las más sombrías calamidades. Capaz de absolutamente cualquier cosa, es el autor que no conoce descuidos, ni el menor ornamento lingüístico, ni ningún efecto vacío. Es el autor que nunca duerme.

PRÓLOGO

Era inevitable que un escritor como Franz Kafka—al que apenas una década después de su temprana muerte muchos consideraban tanto una aparición meteórica como un futuro clásico—despertase un enorme interés biográfico. El acuciante deseo de explicaciones en clave humana que sus textos alientan constantemente se extendió asimismo a la vida privada de Kafka y, por añadidura, a su entorno cultural, político y social. La pregunta era qué tipo de persona sería capaz de crear semejante obra y cómo llegó Kafka a convertirse en esa persona, y durante años esta pregunta legítima estuvo indisociablemente unida a la tácita sospecha de que tal persona no podía ser «normal». Los primeros recuerdos anecdóticos que se conocieron de Kafka parecían reforzar todavía más dicha sospecha. Se decía que estaba obsesionado con la escritura y, sin embargo, en su testamento decretó la destrucción de todos sus manuscritos (aprobamos sin dudar—sobre esto reina el consenso—la desobediencia a la voluntad de desaparecer del autor). También parece que Kafka llevó una vida extremadamente convencional y constreñida, la de un funcionario que no se había emancipado de los vínculos familiares, tenía pocos amigos, había visto poco mundo y jamás conoció una relación erótica satisfactoria. Un asceta que se lo jugó todo a una sola carta y que sacrificó literalmente el resto de su vida a una actividad artística altamente especializada cuyos frutos ni siquiera llegaría a disfrutar jamás. No fue alguien por quien querría cambiarse nadie, y menos un escritor.

Esta imagen difusa se fue precisando cada vez más a lo largo de tres cuartos de siglo, y cuanto más convincentes eran las explicaciones sobre la manera en que la obra de Kafka conectaba y dependía de su intrincado mundo judeo-católico y germano-checo, tanto más claras iban tornándose las contradicciones y las peculiaridades de su psi-

PRÓLOGO

cología. Pero sin duda el secreto de su singularísima obra permanece en gran parte intacto, y cualquier esfuerzo por «entender» a Kafka sigue siendo una tarea inabarcable. Con todo, poseemos en la actualidad—como resultado de décadas de investigación multidisciplinar en todo el mundo—una idea muy precisa tanto del hombre como del entorno en el que vivió.

Sin embargo, estas investigaciones no parecen haber causado demasiada impresión en la imaginación popular, donde Kafka sigue siendo el arquetipo por antonomasia del escritor como un bicho raro: apartado del mundo, neurótico, introvertido, enfermo; un hombre inquietante que produce cosas inquietantes. Aunque tan sólo sea un cliché se ha probado inmensamente poderoso, porque pese a que sean sobre todo los medios de masas, ajenos a la literatura, los que mantienen vivos estos mitos, también a los lectores experimentados les resulta sumamente difícil sustraerse de la seducción del estereotipo cultural, basado en cautivadoras imágenes que seguirán vivas mientras nos parezcan atractivas: adoquines mojados por la lluvia, de noche, en un callejón de Praga, al contraluz de las farolas de gas..., montañas de actas polvorientas a la luz de las velas..., la pesadilla de un bicho monstruoso..., todo esto es «Kafka», y da igual lo que nos cuenten los estudios literarios.

Es difícil argumentar contra las imágenes, pero ofrecer imágenes alternativas puede servir para desestabilizar hasta cierto punto su monopolio. Estos *99 hallazgos* de la vida y la obra de Franz Kafka lo muestran en contextos infrecuentes, a una luz también poco frecuente, y rara vez nos ofrecen tonos fuertes o suaves. Si los contemplamos uno a uno, no significan demasiado: algunos son tan sólo huellas, y otros son más bien modestas imágenes cuya única virtud es ofrecer una nueva perspectiva sobre cosas conocidas, u

PRÓLOGO

ofrecer el reflejo de Kafka en el recuerdo de otros. Pero, en conjunto—y éste es el criterio esencial, según el que fueron elegidos los hallazgos—, inadvertidamente nos alejan de los clichés y nos permiten vislumbrar que tal vez merezca la pena probar otros caminos para acceder a Kafka, caminos que siempre estuvieron presentes, pero que—embarrados de imágenes y asociaciones «kafkianas»—habían caído en el olvido.

En estas páginas el sentido kafkiano de la comicidad desempeña un papel extraordinario y paradigmático. Pues su sentido del humor no siempre es críptico, como podría suponerse a partir de sus inescrutables textos, también es ingenuo, gracioso, como esas películas mudas llenas de golpes y caídas exageradas, y revela el placer que le producían al autor los juegos de palabras y los chistes, así como la destreza en el manejo de los temas, los cambios de perspectiva y las ocurrentes situaciones. Por más que los esfuerzos artísticos de Kafka fueran a menudo mortalmente serios para él, siempre incorporaban un elemento lúdico que le proporcionó mucho placer. Llevó ese juego más allá de las fronteras de la literatura, a cartas, diarios e, incluso, a gestos y episodios de la vida cotidiana, la mayoría de veces con plena conciencia y otras de forma involuntaria, pero siempre con la obstinada coherencia que lo caracterizaba.

En *este* sentido es cierto que toda la vida de Kafka fue literatura. Precisamente por ello carece de importancia por dónde empecemos para propiciar esa otra mirada sobre Kafka, para acercarnos por otros caminos, menos trillados, al mundo de sus experiencias y a su vida en el lenguaje: tanto da empezar por una inocentada que lo cautivaba, como por los relatos de indios que siguió llevando en el bolsillo aun de adulto, por las rigurosas críticas a la poeta Else Lasker-Schüler, o por la pieza sobre un filósofo que acecha-

PRÓLOGO

ba a los niños para apropiarse de sus peonzas. Decir que todo esto también era Kafka sería una trivialidad. Es mucho más decisivo—y realmente inquietante, aunque en otro sentido muy distinto—que podamos reconocerlo perfectamente en todos estos modestos fragmentos. ¿Cómo, éste es Kafka? Sí, es Kafka.

REINER STACH

Berlín, marzo de 2011

PECULIARIDADES

I

EL INFELIZ BENEFACTOR

Una vez, cuando era muy pequeño, había conseguido una moneda de diez centavos y tenía muchos deseos de dársela a una vieja mendiga que solía apostarse entre el reloj grande y el pequeño. Ahora bien, me parecía una cantidad inmensa de dinero, una suma que probablemente ningún mendigo había recibido jamás, y por tanto me avergonzaba hacer algo tan extravagante ante la mendiga. Pero de todos modos tenía que darle el dinero; cambié la moneda, le di un centavo a la vieja, luego di la vuelta entera a la manzana del Ayuntamiento y de los soportales, volví a aparecer como un nuevo benefactor por la izquierda, volví a darle un centavo a la mendiga, me eché nuevamente a correr y repetí dichoso diez veces la maniobra. (O tal vez menos, porque creo que en cierto momento la mendiga perdió la paciencia y desapareció). De todos modos, al final me sentía tan agotado, también moralmente, que me fui corriendo a mi casa y lloré hasta que mi madre me repuso los diez centavos.

Ya ves, tengo mala suerte con los mendigos, no obstante me declaro capaz de entregar toda mi fortuna presente y futura, cambiada en los billetes vieneses de menor valor, a una mendiga junto a la Ópera, siempre bajo la condición de que tú estés a mi lado y que yo pueda sentir tu proximidad.

Entre los numerosos problemas que se hicieron patentes entre Kafka y su amada Milena Jesenská se contaba la relación que cada cual tenía con el dinero. Según le contó Milena a Max Brod: «En una ocasión, le dio una moneda de dos coronas a una mendiga y quiso que le devolviera una corona. Pero como la mendiga dijo que no tenía, estuvimos



Praga, Plaza de la ciudad vieja, c. 1880.

allí al menos dos minutos pensando cómo íbamos a solucionar el asunto hasta que finalmente se le ocurrió que la mendiga podía quedarse las dos coronas. Pero apenas dio dos pasos, se puso de mal humor. Sin embargo, éste es el mismo hombre que habría sido capaz de darme sin pensarlo, entusiasmado, veinte mil coronas». Este mismo episodio se lo comentó Milena en una ocasión a Kafka, quien se defendió con mucho ingenio trayendo a colación, entre otros, este recuerdo de infancia.

Kafka se reprochaba a sí mismo «tacañería en cosas pequeñas» y lo cierto es que en materia de dinero podía ser tan generoso como mezquino. Le gustaba hacer regalos, incluso dar dinero, pero tenía que ser de manera completamente voluntaria. Difícilmente transigía con un donativo obligado, con un error en el cambio o con gastos hechos sin razón, aun cuando sólo fueran diez centavos.

KAFKA HACE TRAMPA EN EL EXAMEN DE BACHILLERATO

En su famosa carta al padre de cien páginas, Kafka reconoció que había aprobado el examen final de bachillerato «haciendo trampas». Cómo sucedió lo contó en sus memorias inéditas el médico Hugo Hecht (1883-1970), compañero de clase de Kafka durante muchos años. Especialmente temido—escribe Hecht—era el examen oral de griego. Ciertamente es que el profesor de griego, Gustav Adolf Lindner, era bondadoso y poco exigente, sin embargo, tenía que presentar a cada alumno un texto diferente para su traducción oral, de manera que eso hacía imposible a los alumnos prepararse para el examen.

Estaba claro que sólo había un camino para aprender lo que necesitábamos, conseguir el cuadernito de notas en el que nuestro profesor de griego (Lindner) guardaba la información anhelada: el texto que le tocaba traducir a cada estudiante, textos de autores de los que nunca habíamos oído hablar en clase. El plan más sencillo parecía sobornar a la joven y atractiva ama de llaves de nuestro célibe profesor de instituto para que le cogiera del bolsillo el cuaderno de notas y nos lo prestara un rato para copiar la parte que nos interesaba del mismo. Juntamos dinero entre todos y se lo confiamos a uno de los mayores de nuestra clase, que ya tenía fama de heroico mujeriego, con el encargo de que trabara amistad con el ama de llaves. Y así sucedió: la llevó varias veces a cenar, a bailar y al teatro, y tres semanas más tarde, una tarde de sábado, esperábamos expectantes en un café cercano el cuadernito de notas. Lo conseguimos, copiamos las anheladas anotaciones, y una hora después el cuaderno volvía a estar en el bolsillo del profesor. Uno de los copistas fue Kafka. Naturalmente todos

PECULIARIDADES

aprobamos el examen oral de griego con las banderas desplegadas al viento—habíamos tomado la precaución de que los más flojos cometieran algunos fallos y errores a fin de no levantar sospechas—. El presidente de la comisión evaluadora estaba muy contento, al igual que nuestro profesor: éste obtuvo incluso una mención especial por sus extraordinarios resultados con una clase mediocre y estaba visiblemente orgulloso.



Gustav Adolf Lindner.

EL TÍTULO DE BACHILLERATO

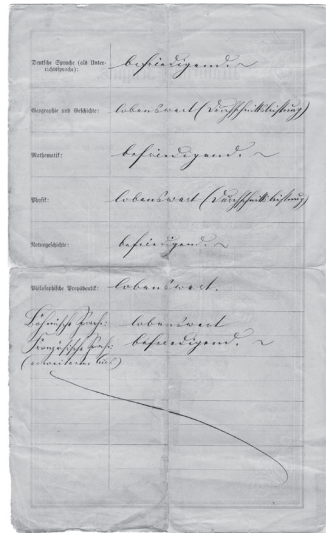
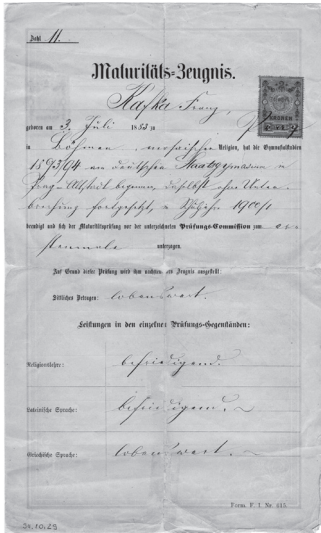
Kafka aprobó los exámenes para obtener el título de bachillerato (el austríaco *Matura* o *Maturität*, ‘certificado de madurez’) en el año 1901, en el Altstädter Deutsches Gymnasium [‘instituto alemán de la ciudad vieja’] de Praga, y fue uno de los alumnos más jóvenes de su promoción. En primer lugar, a comienzos de mayo, los escolares tuvieron que presentarse a cuatro exámenes escritos de las cuatro asignaturas principales: alemán, latín, griego y matemáticas. En julio, poco después de que Kafka cumpliera dieciocho años, continuaron con una serie de exámenes orales en los que se requerían de nuevo traducciones de las lenguas clásicas, a las que Kafka temía tanto como para recurrir a métodos ilícitos para aprobarlas (véase hallazgo 2).

El diploma de madurez de Kafka es poco llamativo y apenas sobrepasa el nivel medio de la nota general: en ninguna asignatura consiguió *sobresaliente*, y en ninguna obtuvo una nota más baja que *bien*. Lo que más sorprende es que ni siquiera en la asignatura de alemán pasase de un *bien* a pesar de que, como demuestran algunas de sus primeras cartas, no cabe duda de que en expresión escrita sobrepasaba con mucho a sus compañeros de clase. También es cierto que para la nota del título de bachillerato contaban ejercicios orales libres, que no eran precisamente el fuerte de Kafka.

Aparte del título de bachillerato propiamente dicho, no se ha conservado ningún otro documento original relacionado con los exámenes necesarios para obtenerlo. Particularmente, no se ha encontrado hasta la fecha su prueba de

PECULIARIDADES

redacción para el examen de reválida, cuyo tema era: «¿Qué ventajas procuran a Austria su situación en el mundo y las condiciones de su suelo?».



Certificado de madurez o título de bachillerato (cara y dorso).